

El nuevo racismo

MICHEL WIEVIORKA
LA VANGUARDIA - 25/02/2002

Después del nazismo y del genocidio de los judíos y de los gitanos, después de los grandes procesos de descolonización de los años cincuenta, el mundo entero podía esperar que llegara un día el declive inexorable del racismo y del antisemitismo. Pero nada de esto ha sucedido y desde hace unos años asistimos a un incremento del mismo fenómeno bajo formas ampliamente renovadas.

En algunos casos, la novedad estriba en las víctimas, como hace un par de años en Andalucía, cuando trabajadores marroquíes fueron objeto de una terrible violencia: España, todavía hasta fecha reciente país de emigración, se ha convertido de hecho, como Italia, en tierra de inmigración; y el racismo, en este caso, golpea a una población que no lleva demasiado tiempo en el país. En otros casos las víctimas son las mismas, son más bien los racismos los que cambian, como se observa con el crecimiento de un nuevo antisemitismo en varios países. Los abanderados de los prejuicios y la violencia contra los judíos no son sólo, como antes, los sectores que reivindican la nación y la identidad predominante, ni los nacionalistas de extrema derecha o los elementos fascizantes, sino grupos sociales o étnicos minoritarios que sufren el racismo en sus propias carnes. En Estados Unidos, el nuevo antisemitismo es obra de negros, una parte de los cuales halla su modo de expresión político-religiosa en la Nación del Islam, el movimiento dirigido por Louis Farakhan. En Francia, los acontecimientos de la guerra del Golfo a principios de los años noventa y después la segunda "intifada" a partir de octubre del año 2000 han suscitado un recrudecimiento de actos antisemitas (incendios de sinagogas, atentados contra escuelas judías, agresiones contra judíos, etcétera) cuyos autores son con frecuencia jóvenes procedentes de la inmigración magrebí, identificados con la causa palestina y que funden en un mismo odio a los judíos de la diáspora y a los del Estado de Israel.

Sin embargo, el signo distintivo del racismo contemporáneo deriva de unas transformaciones de mayor hondura, pues sólo puede alcanzarse una comprensión cabal de este fenómeno si se atiende a la presión de las identidades culturales minoritarias en el seno de nuestras sociedades. En efecto, en todo el mundo, desde hace una treintena de años se desarrollan particularismos culturales, minorías que aspiran al reconocimiento y al disfrute de derechos culturales. Frente a los regionalismos y a otros nacionalismos minoritarios, frente a los intentos de grupos pertenecientes a diásporas que se hacen notar desde el punto de vista étnico para hacerse más visibles (judíos, armenios, etcétera), frente a los movimientos indígenas que reclaman a un tiempo el reconocimiento de su identidad y menos injusticia social, frente a los movimientos de gays y lesbianas que exigen que se acabe con la descalificación y la estigmatización que afligen a sus miembros, frente a los discapacitados movilizados para que su deficiencia se considere una diferencia, nuestras sociedades aprenden a abrirse más, a conceder derechos a las minorías, a respetarlas, incluso en el espacio público y social. Esta presión de las identidades culturales ejerce un impacto considerable, y en buena medida contradictorio, sobre el racismo y sobre nuestra capacidad de combatirlo.

Por una parte, pone en evidencia el carácter racista de los llamamientos a la asimilación y al mestizaje que, so capa de "regular" el problema de ésta o de aquella forma de racismo, exigen a las minorías que se disuelvan, que desaparezcan o en todo caso que en cuanto tales no hagan acto de presencia en público. Pedir a los miembros de un grupo cultural que abandonen su identidad no equivale por supuesto a destruirlos físicamente, pero sí a desvalorizar sus orígenes y a negar su pertenencia al grupo. Es, también, proponerse en último término eliminar su cultura, como si en su caso la diferencia sólo señalara inferioridad. E, igualmente, promover la idea de mestizaje representa apelar con ello a la idea de un crisol, un "melting pot" en cuyo seno se obliga a todos los particularismos a eclipsarse, incluso a disolverse; representa no reservarles un lugar de valor en la sociedad. La experiencia de México a este respecto reviste especial interés. En este país, desde 1994, el movimiento zapatista ha mostrado en Chiapas en mayor medida que otras muchas luchas indígenas, que es viable afirmar en una misma lucha la identidad cultural de una población, el rechazo de las desigualdades sociales más escandalosas y la preocupación por participar en la vida democrática de México; todo lo contrario del separatismo. Este movimiento ha pasado por altibajos y nada indica que sea capaz de perdurar y desarrollarse. Sin embargo, sea cual fuere el porvenir que le aguarda, habrá ejercido una decisiva influencia en su país (y también, por otra parte, mucho más allá). Actualmente, en México y gracias a este movimiento, ya no se puede apelar a la idea de "raza cósmica" ni decir, como José Vasconcelos hace tres cuartos de siglo, que la nación es la lograda mezcla de los indios y de los colonizadores españoles. Ya no se puede ignorar la especificidad de las exigencias culturales y sociales de los indios ni justificar un mestizaje racial que en último extremo acabará por negarlas. Generalicemos ahora esta observación: cada vez que una identidad se afirma en una sociedad debilita, para sí como para las demás, los discursos que en su seno apelan a la homogeneidad del cuerpo social y que niegan todo particularismo, en una especie de jacobinismo a la vez político, cultural y, en definitiva, racista. Pero, por otra parte, la presión de los particularismos culturales puede conducir a reforzar el sectarismo, el integrismo, el fundamentalismo. El comunitarismo, en todas sus formas, prohíbe a los miembros de la comunidad de referencia que existan como sujetos personales, dueños y responsables de su destino como tales individuos, hace de la comunidad un todo obligado a pensarse, en mayor o menor grado, como una entidad colectiva "natural" y alentado a definir lo exterior en términos más o menos racistas. La clausura de las identidades culturales sobre sí mismas está siempre llena de tendencias racistas, con el riesgo de encontrar su cohesión mediante la negación de los valores universales, los únicos que pueden combatir el racismo.

¿Qué se puede hacer, pues? ¿Alentar la expresión de las identidades en la sociedad para debilitar el racismo ya que éste niega o ataca la pertenencia cultural que, no obstante, aporta -sobre todo a los más privados de lo esencial- un recurso necesario para situarse en el mundo moderno, para hallar en él un sentido y unos puntos de referencia; o bien combatir estas mismas identidades a fin de mitigar las tensiones más o menos racistas que inevitablemente afloran por el solo hecho de sus tendencias espontáneas a encerrarse sobre sí mismas? ¿Jugar la carta del relativismo o del universalismo?

La respuesta es sencilla, al menos en teoría: hemos de evitar oponer lo universal y lo

particular y aprender a conciliar lo inconciliable, hacer cuanto esté en nuestra mano para articularlos y, por tanto, para conjugar los derechos del hombre y la razón -cuya preocupación se refiere a los individuos singulares- con el reconocimiento de las identidades colectivas. Esta respuesta afronta más escollos para convertirse en realidad de modo concreto y en la práctica; reposa, esencialmente, sobre el espíritu democrático, es decir, sobre la voluntad de abordar democráticamente las demandas que provienen de tal o cual grupo cultural más que de aplicarles las reglas y normas previstas de una vez por todas, ya sea en un sentido u otro.

M. WIEVIORKA, sociólogo, profesor de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París

Traducción: José María Puig de la Bellacasa